

# LA TROCHA O EL CAMINO

(ENSAYO)

## 1

EL título anterior es suficientemente explícito para dar a comprender que en vez de «ensayo», su autor ha debido posponerle otras seis letras que dijeran: «dilema».

En efecto, se trata de saber cuál de esas vías —la Trocha o el Camino— es la que el hombre ha de seguir cuando la suerte lo pone en condiciones de orientarse con arreglo a su albedrío: al buen consejo de su razón, al peligroso de su instinto o al deficiente de su vicio. Se trata de averiguar cómo razona el ser humano cuando llega el momento de elegir. Y no hace falta meditar eternamente para saber que lo hace en forma simple.

Basta un poco de atención.

Casi siempre el camino es largo y la trocha es breve. Mas si esto fuera todo, la elección sería muy fácil: no habría caminos en la Tierra.

Para ahondar un poco más ha de saberse —y hasta los chicos lo aprendieron— que el camino es cómodo y la trocha algo molesta. El primero —sobre todo bien trazado— permite andar con cierta desenvoltura y prescindir de todo esfuerzo. La otra, en cambio, exige una observación constante y un trabajo serio: cabe, en ella,

equivocarse y tener que desandar lo caminado; cabe alcanzar la meta en el momento de mayor cansancio, y cabe no alcanzarla por hundirse en la maleza y perderse en la espesura; pero en todo caso se aborda —aquella trocha— en la esperanza de llegar hasta la cumbre sano y salvo y antes que la gente precavida que optó por el camino con el deseo de evitar dificultades o de amartillar un éxito sencillo.

## 2

Ahora, se me hace cuesta arriba ese camino, y no sé comenzar a analizarlo.

Sé lo que pienso. Tengo una idea que se escabulle entre las otras. Trato de verla a través de varias lentes que ya no están pulidas, ni muy limpias, ni convexas. Y a todo esto, no sé si juego o si hablo seriamente; no sé si ordeno o si barajo.

La rosa hecha de trapo es admirable cuando se asemeja a una rosa auténtica; y de igual modo, los claveles verdaderos son hermosos cuando sus pétalos relucen como seda. Resulta, pues, que el hombre, por instinto, se opone a los designios que le dan mayor deleite; se obstina en contradecirse, y cuando su ficción motiva engaño o su alarde causa error, siente una alegría semejante a la del niño que ha logrado su travesura.

Aquel niño ha cumplido los cuarenta, y todo continúa como estaba. Peor aún: no hay diferencia entre el alarde y el engaño. Las lentes se han empañado, y es difícil distinguir entre la trocha y el camino.

Siendo muy pequeño el rey de Roma, Napoleón acostumbraba a hacérselo llevar a su despacho, en el

palacio de Saint Cloud, para entretener el ocio consiguiente a un intervalo entre dos actos o visitas enojosas. Cogía en brazos al chiquillo y lo elevaba hasta la altura suficiente para que él se viera en el espejo que descansaba contra el muro, sobre la enorme chimenea en que los leños se abrasaban. Pero, la propia efigie no interesaba al futuro *Aiglon*, que, ante la consiguiente desazón del padre, se aferraba a un par de bronzes de igual tamaño, dispuestos cara a cara, en desafío, y en cuyos pies decía, respectivamente: Aníbal y Escipión. Estos se habían batido en Zama, en orden paralelo. Ambos, habían dejado memoria de sus proezas. Fueron grandes capitanes que tuvieron la desgracia de encontrarse frente a frente, como en la losa de la enorme chimenea de Saint Cloud.

No es fácil poner en claro si era sólo el peso de los bronzes lo que tanto preocupaba a Bonaparte, o si él temía encontrarse, como ellos mismos, ante un adversario de su estirpe y de su altura.

Lo cierto es que no se interesaba por los bustos; los soslayaba.

Su trocha le parecía un camino. Y cuando levantaba a su unigénito, estirando los dos brazos hacia arriba, buscaba, de seguro, la línea que cruzaba con las miradas fulgurantes de los héroes de Zama; y esa línea era la suya: la del glorioso esfuerzo que lleva a la victoria, en pugna con la acción terrestre, que es cohercitiva, terminante y vertical.

El no sabía que «el hombre feliz empieza interesándose en los otros, y luego en sí» (1). No se perca-

---

(1) Hesketh Pearson, *Oscar Wilde, his Life and Wit*. Nueva York y Londres, 1943.

taba de qué causa le arrastraba hacia otra guerra. Se creía en el cauce de una corriente superior a su deseo. Había leído a Maquiavelo, cuando dice: «los *condottieri* (2) no son buenos ni medianos, son sólo útiles o perjudiciales para el fin que se persigue» (3); y estaba convencido de que él era necesario: el rey de Roma, con su gesto, lo afirmaba.

## 3

Napoleón mandaba. De cómo anduvo su camino se hablará más tarde. Por ahora, es suficiente recordar que ya en la meta, perdió toda noción de su labor. Sólo cuesta abajo, en Santa Elena, junto a los pocos que le brindaron compañía hasta la muerte, tuvo conciencia de que el camino antes citado era una trocha con espinas y en pendiente cuesta arriba.

De su Imperio, cabe decir: «no nace de la ambición de un pueblo que pretende concentrar todas sus tribus para luchar en beneficio de su vida, sino del ansia de un solo personaje...» (4). Y aunque el comentario se refiere a otro milenio y a otra tierra ya olvidada (5), merece consignarse en este juicio, siquiera sea para añadir que el hecho histórico —o la trocha, en este caso— resurge a cada rato.

Esta trocha no es antigua. Nace con el hierro, que trae consigo los crecientes poderíos. Crece en los tiem-

---

(2) Respeto la palabra italiana, porque expresa claramente —aun escribiendo en español— la idea del gran autor.

(3) *El Príncipe*.

(4) J. Morgan, *Les premières civilizations*. París, 1905.

(5) Imperio sumer-arcadio.

pos en que el soldado solo es súbdito, y los otros son esclavos. Viene a consecuencia de bajezas, traiciones, querellas, egoismos de ciudades y personas. Y eternamente volverá. Mas cada vez que llega es diferente. Hay trocha sin querer, para el que nace en plena altura y está obligado a tomar las riendas en el día en que los otros dan principio a su paseo. Hay trocha por instinto, para el hombre que se siente destinado a salvar su gente de las querellas y bajezas ya citadas; y hay trocha por deseo y ambición, que es la de aquellos que pueden decirse «sometidos al capricho de una conciencia individual que está manchada por las pasiones y concupiscencias de la vida» (6).

4

En Delfos, sobre el pórtico del templo dedicado a Apolo, está el famoso:

*conócete a tí mismo,*

que reluce en todas partes, a guisa de proverbio o de consejo; y, debajo:

*la medida sobre todo,*

que es consecuencia o complemento ineludible al anterior. La firma no aparece; pero la historia —o la leyenda— atribuye esas dos frases a alguno de los Siete Sabios de que Grecia se enorgullece tanto, y esto por

---

(6) Lo dice el padre Feliciano Cereceda, en su *Diego Lainez* (Madrid, 1945), refiriéndose a Lutero.

suponer que fueron concebidas en un período en que ya se prescindía del sacrificio humano y en que la distancia que separa al hombre de los dioses había adquirido proporciones gigantescas. Ambas fórmulas integran un pequeño catecismo destinado a lograr que cada cual mantenga una pausada marcha por el camino más apropiado a sus condiciones personales y a evitar abuso de la trocha. Pero, a pesar de todo, el deseo impera; es imposible refrenar al codicioso; la gente aplaude cuando sube, y lo empuja hacia la altura.

Alcibiades, hijo de Clinias, sobrino de Pericles y discípulo de Sócrates, es un personaje en que esa ambición actúa sin mesura. Vive en un tiempo en que el individualismo se abre paso violentamente, y en que todo se tolera al que tiene la inteligencia necesaria para ilustrar su carácter insaciable; y así se explica que —déspota, marica y enojoso— lograra abrirse paso en la política y culminar en la marina y el ejército.

El ambiente le acompaña. El lo sabe. Se da cuenta de que Atenas pasa fácilmente de la energía absoluta al descorazonamiento más completo. Está convencido de que la política es versátil y caprichosa. Y todo eso le permite despreciar instituciones, maltratar la aristocracia, dilapidar fortunas, atravesarse a todo y salir indemne de procesos y de crítica.

«Se apoya alternativamente en oligarquía y democracia. Atiende a sus deseos por cuantos medios puede. Desdeña lo mediocre, lo pequeño, lo constante. No concibe al propietario ni al mendigo. Desprecia a los que temen a su pueblo, a los que ceden a su fuerza, a los que se arrodillan ante la masa. Para él, todo es deforme, insuficiente. Se hace célebre sin serlo, y, cuando llega, nadie sabe la razón. Sus propios enemigos le ad-

miran más que sus amigos, y éstos no saben si lo son, ni si lo quieren o detestan, si les conviene o es un estorbo» (7).

Casó con la hija del estratega Hippónicos, que aportó una dote bastante seria a su matrimonio. Mas la presencia de cortesanas en el domicilio conyugal, induce a la esposa a abandonarlo y a refugiarse en casa de su padre. Sus brillantísimos discursos le ayudan a imponerse al ágora y a la venerable magistratura de su tiempo. Pierde Mantinea, y en recompensa logra el mando de la flota, que se apresta a la conquista de Sicilia. Es envuelto en un proceso, y lo defienden los hoplitas que estuvieron a sus órdenes, diciendo que tan sólo se alistaron por entusiasmo a la persona. Somete a Melos, haciendo acuchillar a los capaces de empuñar un arma, encadenando a chicos y a mujeres, y comprando a la más bella y embarazándola; y, sin embargo. Atenas, la demócrata, le perdona y le enaltece. Y cuando esa ciudad le llama al orden, se ofrece a Esparta, o acude a Tisafernes —sátrata de Persia— en busca de fortuna y más honores.

El caso es curioso, y es probablemente el único en que el instinto y la ambición se unen para empujar hacia la altura antes de tiempo o simplemente a contra-tiempo.

Alcibiades no era necesario. En Atenas había políticos ilustres y generales muy notables. Sin embargo, desplazó a la masa y llegó a su meta.

Sin duda, la pompa influye; y él se envanecía con

---

(7) Adaptación de Jean Babelon, *Alcibiades (450-404 avant J. C.)*. París, 1935.

el fausto, o pensaba, acaso, que la inmodestia le era indispensable.

El hecho se repite en todo tiempo. Se recrudece entre los árabes, y en los que tienen sangre de árabe en sus venas. Se intensifica en el Oriente.

No es fácil poner en claro hasta qué punto cada cual usa el boato como instrumento inseparable de su propia vanagloria. «No hay más remedio que adornarse», dice el que disfruta con su gala; y cuando logra convencer a los demás, implanta el hábito y se atribuye honores o un lujo improvisado, que no tarda en convertirse en obligatorio.

Hay personajes —a veces, de opereta— que no pueden vivir sin ceremonia. Su prestigio se halla ligado directamente al número de servidores o a su propia vestidura. Hay casos en que la costumbre ayuda, o en que el admirador obliga. Y hay que respetar las circunstancias en que se halla cada jefe o gran señor.

El conde de Ureña llegó a decir que Gonzalo Hernández —«Gran Capitán» famoso— le parecía «*muy semejante a una nave, la cual tiene necesidad de mucha agua para estar en condición de navegar; que de otra suerte queda encallada...*» (8). Y lo decía en ocasión de un viaje a través de España que Don Gonzalo realizaba a su regreso de una campaña no lucida por Italia, al contemplar la escasa pompa del caudillo y comprender la triste circunstancia en que se hallaba.

Dejemos, pues, al encumbrado, el viento necesario; que en no siéndole preciso lo hundirá. Allá él, si no ha aprendido a conocerse o no mide bien sus actos.

---

(8) Tomado de Jorge Vigón, *El Gran Capitán*. Madrid, 1944.

Durante las operaciones de 1810, los franceses atravesaron una crisis bastante grave. Sus propios historiadores la reconocen, y, haciendo alarde de sinceros, la atribuyen a circunstancias independientes de la verdadera causa de su desastre. No obstante, ellos mismos ponen de manifiesto las angustias de Napoleón I, que, lejos de regresar al teatro ibérico, buscaba paliativos o razones que nunca dieron satisfacción completa.

Las líneas de Torres Vedras resultaban infranqueables. La titulada «expedición Massena» fracasaba. Era imposible romper el frente establecido por los angloportugueses y no había gente suficiente para intentar su envolvimiento. Desde Saint-Cloud —donde antes lo dejamos— el emperador trataba de convencer a Soult —que mandaba las fuerzas de Andalucía— para que destacara el núcleo más importante de su ejército en auxilio del que estaba detenido frente a Lisboa. Era preciso, en efecto, disponer de un mínimo de 80.000 soldados para dominar ambas orillas del río Tajo y tender sobre él los puentes necesarios para bascular aquellas tropas hacia la parte menos defendida o más amenazada.

Pero Soult no se dejaba convencer; y, en vista de ello, Napoleón envió como emisario suyo a Foy —persona íntegra y general bien conceptuado, que había estado varias veces a las órdenes directas del mariscal antes citado—, con argumentos decisivos y una orden concluyente. Mas Foy, que bien lo conocía, en vez de limitarse a la simple entrega de aquella orden, creyó más oportuno o conveniente —en relación al éxito de

su empresa delicada— hacer llegar al duque de Dalmacia una carta preparatoria concebida en términos patéticos, y en la cual le encarecía una resolución que facilitara el éxito de la decisión suprema; y en esa carta se expresaba de este modo: «con arreglo a tales planes, el ejército del príncipe de Essling podrá pasar el Tajo, dominará ambos flancos de los ingleses, los cansará, desgastará y obligará a una penosísima inacción, y entre ese ejército y vuestras plazas ya sitiadas, se formará una barrera en condición de acelerar la rendición del enemigo...». Y *«de este modo —insiste Foy, concretamente— seréis el salvador de un importante núcleo y el instrumento principal para lograr la decisión de nuestro glorioso soberano... En fin, el día en que las tropas que se encuentran a vuestras órdenes hayan aparecido frente al Tajo y facilitado el paso de su corriente caudalosa, seréis el verdadero conquistador de Portugal»* (9).

A pesar de todo, el mariscal obedeció a regañadientes.

El caso es triste, pero corriente. Hay pocos Keitel —*something like a yes-man*, como Fuller lo describe en alguno de sus libros (10)— capaces de anularse ante su jefe, aunque la muerte se aproxime o el desprestigio cunda.

Además, los grandes generales suelen beber en fuentes peligrosas. El mal ejemplo impera, cuando una guerra victoriosa está ligada a la política. Y no hay que olvidar que las campañas napoleónicas eran la con-

(9) Louis Madelin, *Histoire du Consulat et de l'Empire*. Tomo IX. París, 1945.

(10) *On Future Warfare*. Londres y Melbourne, 1941.

secuencia más o menos inmediata de la oleada giron-  
dina y del aplastamiento jacobino.

Valmy —la gran batalla quieta, por excelencia— despertaba el entusiasmo por la patria; y junto a ese despertar surgían los primeros generales del futuro Imperio, y, entre ellos, Bonaparte, sobre el cual hablamos —antes— de volver.

El personaje no era fácil.

Cuando, en el año 1795, se negó a servir a las órdenes de Hoche, tenía ocho meses más que este segundo, y, sin embargo, su decisión fué terminante e irrevocable. Así lo hizo saber, de oficio, al Comité del *Salut Public*, en los siguientes términos: «El general Bonaparte espera de la justicia de los miembros del Comité, encargados de los asuntos militares, que tendrán la amabilidad de restituirle a sus funciones primitivas y no permitirán que habiendo ejercido el mando de la artillería en las condiciones más difíciles de la guerra y habiendo contribuído a los mayores éxitos, él vea su plaza ocupada por personas que han estado constantemente a retaguardia, que no han intervenido en las batallas y que tienen la osadía de tratar de arrebatarle el fruto de una victoria cuya suerte no corrieron».

El resultado fué negativo: no hubo respuesta. Pero Napoleón —perseverante— no se incorporó a su nuevo puesto; siguió negándose a estar subordinado a un jefe de su edad. Y ante una orden conminatoria y la amenaza de ser rayado de su «escalilla», aun escribe a cierto amigo: «... no acepto; son muchos los que están en condiciones de mandar una brigada como yo, pero nadie me aventaja en dirigir la artillería. Me echo atrás, contento de saber que la injusticia será sufrida por quienes deben apreciar debidamente los servicios».

Kircheisen —acaso con pasión— asegura que en esos días Napoleón tuvo la idea de marchar a Rusia para ofrecerse al Zar, pero que en el momento de solicitarlo apareció un decreto —en aquel Imperio— ordenando que sólo se aceptaran los servicios de los oficiales extranjeros con un empleo inferior al que tuvieran. Entonces pensó en las Indias, por cuenta de Inglaterra; pidió Turquía, y, al fin, fué dado de baja en el ejército (11).

Las cosas se arreglaron. Montenotte y Rivoli lo prueban.

¿Prevaleció el instinto?

No sé. Mas puedo asegurar que Soult pisaba firme cuando, en España —a los tres lustros—, se negaba a obedecer.

## 6

A pesar de todo, hay circunstancias en que el jefe se resigna. Son aquellas en que no ha logrado la meta, al tiempo que el de abajo anda de prisa, y le ataja.

Un ejemplo desgraciado: en el mes de enero de 1867, el jefe del ejército mexicano comunicaba el siguiente «parte» al que fué su emperador: «He atacado y tomado la plaza de Zacatecas. Artillería, armas, carruajes y prisioneros han quedado en mi poder. Felicito a Vuestra Majestad y a su Gobierno por este triunfo. El general en jefe: *Miguel de Miramón.*»

Y creo que no hacen falta comentarios; si bien la

---

(11) M. Kircheisen Friedrich, *Napoleón, ein Lebensbild*. Versión francesa. París 1935.

trocha en este caso llevó a Querétaro, donde Maximiliano y Miramón cayeron, víctimas de Juárez, acribillados.

## 7

En la milicia y la política hay personajes o individuos —pocos, desde luego— que practican las virtudes recomendadas por Casiano (360-435), el provenzal, para lograr la perfección. Esas virtudes son: el *tesón ante lo adverso* (que él decía «fundamental»), la *obediencia*, sin la cual no hay vida colectiva; la *discreción*, que es necesaria para evitar el desequilibrio de las características extremas; la *paciencia*, que origina calma y buen sentido; la *amistad*, que facilita la admiración de otras virtudes, y la *fidelidad a toda promesa*, que coopera a la obstinación indispensable para vencer. Mas si nosotros, en vez de tales nombres, decimos: *voluntad*, *subordinación*, *respeto*, *sangre fría*, *altruismo* y *perseverancia*, habremos definido la perfección que es necesaria para admitir la trocha, y aun quererla.

Es preciso —claro está— fijar una separación completa entre el cenobita, que desea la perfección, y el anacoreta, que la practica. Es más, aun es posible establecer un nuevo grado al estudiar el modo de elegir el buen camino: el que abarca a las personas que procuran simplemente ser morales; y, admitiéndolo, tendremos: un escalón correspondiente a los hombres sencillamente buenos, otro segundo para aquellos que procuran ser perfectos, y un tercero para los pocos que hayan conseguido que sus actos correspondan a una lógica invariable. En el orden religioso, estos últimos son

místicos; y es de recordar que el misticismo es la cumbre de lo ascético.

Por supuesto, el esfuerzo individual irradia poco. La gente tarda en acudir a defender al que se esfuerza en caminar por donde debe y como debe. Además, la crítica es acerba, y las pasiones mandan. Al que pierde una batalla se le juzga; pero a quien la gana se le da la recompensa sin entrar en juicio alguno. No es fácil poner en claro si la verdad consigue siempre la victoria, o si la causa correspondiente se convierte injustamente en causa verdadera. Sólo es cierto que los siglos van borrando las creencias de los que no lograron imponerlas.

## 8

En nuestro mundo no hay ascetas, y hay poca gente —ya lo he dicho— que procura encaminarse hacia esa meta.

Cada uno va por donde puede, o adonde le lleva su interés; mas como quiera que el resultado es poco halagüeño, el que gobierna o manda se contenta, en estos días, con encauzar al hombre por la vía más propicia: la conducente a su verdadera vocación, que él desconoce.

Después de la reciente guerra, surge —en efecto— la idea de agrupar a los desmovilizados por categorías comunes. Inglaterra y Norteamérica tienden a clasificar psico-fisiológicamente, para impulsar, *a posteriori*, hacia los cometidos más apropiados a las respectivas circunstancias personales. Los sistemas adoptados en plena lucha para obtener pilotos, telemetristas, radioescuchas, observadores, paracaidistas, apuntadores y carris-

tas, se han aplicado, en la primera época de paz, para encauzar hacia la mina, hacia el motor o la oficina, hacia la diplomacia, la milicia o los transportes. Pero en este último caso, la psiquiatría ha influido más que la preparación mental de cada individuo. En los exámenes, la manera contundente y educada de afirmar el desconocimiento de tal o cual asunto ha sido, a veces, una nota favorable.

Se ha evitado *bourrer le crâne* de los que terminaban su gestión en los ejércitos. Se ha preferido clasificar en función de las futuras posibilidades intelectuales, físicas y morales. Se ha tratado de averiguar lo que cada uno era capaz de asimilar en consecuencia de una lectura, de una conversación o de un trabajo a realizar más adelante. Se ha prescindido de la formación de cerebros aptos para cada cometido, mediante embutición de ciencia o de saber. Y, de este modo —cosa curiosa—, se han constituido núcleos de hombres —léase, incluso, «colectividades»— con *afición* a su carrera o profesión y la *aptitud* precisa para ejercerla.

Mas, por desgracia, hay siempre imágenes que desvían hacia lo impuro, o existen impurezas que producen estridencias o ruidos anormales en la máquina. En cada caso, importa poco que se trate de cobardía o desobediencia, de falta de abnegación, pobreza de espíritu, impotencia o simple descuido; lo cierto es que es necesario contrarrestar la falta por medio de la *baja* o el *castigo*.

Siempre fué la cosa de este modo.

Y la lección subsiste —se intensifica enormemente— cuando el hombre se congela y la masa adquiere la estructura de una grandiosa máquina parastatal.

A veces, la trocha es originada por un verdadero movimiento, que puede ser político, ideológico, financiero o económico. El camino queda interrumpido, y es indispensable recurrir a la vereda, oculta, a veces, en la maleza o en el bosque; y todo va como es debido hasta llegar al precipicio que otro movimiento inesperado—sismológico esta vez— ha producido.

Un ejemplo conocido:

A consecuencia de Versalles, el ejército alemán fué reducido a cien mil hombres. A través de la República, de Weimar, el general von Seeckt, que era el jefe de esa fuerza, la mantuvo exenta de política y alejada de partidos; y así, la Reichswehr se convirtió en la gran escuela que sirvió de base al futuro instrumento de la segunda guerra mundial (1939-45).

Entretanto, la avalancha, dirigida por el inquieto personaje que iba a llegar a canciller del Reich, contaminó las dependencias del Estado, las empresas, los hogares, los colegios y los hombres. Solamente el ejército logró permanecer al margen de ella: los generales, que habían ganado las grandes batallas de la primera guerra mundial (1914-18), pugnaron por mantenerse independientes de la masa, y los soldados obedecieron.

Von Hindenburg, en su admirable testamento, hizo constar que la Reichswehr había permanecido «símbolo, firme sostén y protectora del Estado, en un período en que Alemania tenía que ser guiada a través de humillaciones, opresiones, miserias y guerras fratricidas». Mas, con la vista al frente, dijo, igualmente, acaso con un deje de amargura: «Me despidió en la esperanza de

que lo ansiado desde el año 1919, y que tras larga maduración ha conducido al 30 de enero de 1933 (12), coopere intensamente al destino histórico del Reich.»

A su muerte, el presidente del Consejo se proclamó Jefe del Estado, e impulsó a todo militar esta oración: «Yo pronuncio ante Dios el sagrado juramento de obedecer incondicionalmente a Adolfo Hitler, Führer de Alemania y jefe supremo de su ejército; y, como soldado, estoy dispuesto a dar mi vida por este voto». Y de igual modo que el sacerdote que se acerca a los reclutas para decirles que el Señor los premiará si cumplen lo jurado o los demandará si no lo cumplen, así von Blomberg, ministro de la Guerra, selló lo establecido por el nuevo Canciller, con esta frase: «Labramos todos por una sola idea; la base de nuestra confianza sólo puede estar en la ideología del socialismo nacional».

A partir de ese hecho, el movimiento se convirtió en una imponente conmoción.

Antes de acabar el año 33, el Gobierno lanza un Memorándum basado en la idea de elevar los efectivos del ejército a la cifra de 300.000 soldados. A principios de 1934, entabla las negociaciones concernientes a la nueva convención sobre armamentos. En marzo de 1935, proclama el servicio militar obligatorio. Y en igual mes de 1936 lanza unos cuantos batallones sobre las provincias de Renania, en réplica a la alianza franco-soviética.

Hitler, cuyas zancadas le han llevado a la cumbre, emplea su energía remanente en los codazos necesarios para instalarse a fondo en su nuevo empleo: el año 33 se separa de Ginebra, y se reúne con los Grandes de su

---

(12) Ascensión de Hitler al poder.

tiempo en la ciudad de Munich; el 34 firma el Convenio con Polonia, y celebra su primera conferencia con el *Duce* (13); el 35 llega a un acuerdo con Inglaterra sobre las flotas aeronavales; el 36 fija la base del titulado *Eje* Roma-Berlín; el 37 recibe a Mussolini, y establece la gran alianza tripartita; el 38 entra en el territorio austríaco, y pregona a toda orquesta que Alemania ya no puede subsistir sin aumentar su territorio o espacio vital, y el 39 se apodera de Checoslovaquia e intensifica la aplicación de las medidas destinadas a depurar la raza.

En esta última fecha —a raíz de nuestra guerra—, varios generales y oficiales españoles fueron invitados a Alemania para asistir a la presentación de sus recién creadas fuerzas militares: Bajo la inmediata dependencia de su jefe, el *Führer*, y a las órdenes directas del mariscal Guillermo Keitel, el Alto Estado Mayor —*Oberkommando der Wehrmach* (O. K. W.)— tiene a su cargo ya las grandes unidades del Aire, Mar y Tierra, la industria militar, la propaganda y la organización de la nación en guerra. El impulso recibido por el conjunto destinado a la futura lucha es inconcebible, y es aun mayor para los que han estado tres años embebidos en «lo nuestro» y alejados del mundo circundante.

A la altura de Heligoland —potente y misteriosa todavía— una pequeña escuadra evoluciona impecablemente alrededor de nuestro barco. Los acorazados de bolsillo nos rodean y acometen varias veces, precedidos por los varios destructores y conductores de flotilla que los escoltan; y, después del ejercicio realizado, nos

---

(13) La reunión tiene lugar en las inmediaciones de Venecia.

acompañan hacia el Elba, y se despiden en la inmediatez de Hamburgo.

Alemania, visitada en quince días, nos proporciona la impresión de un angustioso esfuerzo efectuado en vista de una contienda que se acerca. La agitación impera en todas partes. El tiempo manda sobre todos los factores. Ni el dinero, ni el espacio, ni las consideraciones personales o políticas, prevalecen para nadie. Se quiere sólo alcanzar la cumbre en pocos años..., a ser posible en pocos meses.

Desde el aire contemplamos las grandiosas carreteras realizadas por el «Frente de Trabajo», que Robert Ley dirige. Su doble cinta cruza de un extremo a otro del viejo Imperio; pero el tráfico es pequeño, insuficiente, cuando se piensa en el derroche de hormigón. Al ver que sólo pasa, a cada rato, un coche de turismo o una pareja de camiones sin remolque, se medita, sin querer, en el posible aprovechamiento cien por cien de las hermosas autovías. La visión de los ejércitos futuros, motorizados y admirablemente instruídos en la técnica de los grandes desplazamientos, embarga el ánimo del que se extasía ante esa gran labor.

Desde Karlsruhe nos conducen a la Westwall para ver las fortificaciones de un sector acorazado que forma parte de la defensa occidental del Reich, y cuyas obras parecen barcos —submarinos— inmovilizados en una mar endurecida por el cemento. A lo sumo, una tronera, un periscopio, una caña que ha crecido (y que es de acero); y debajo de eso, dormitorios, cocinas, lavaderos, pequeñas oficinas, depósitos de esencia y municiones, puestos de mando y la parte oculta de las armas destinadas a constituir una verdadera red de trayectorias y a sembrar la superficie de bombazos y dar lugar

a una muralla intransitable. Mil trescientas obras forman parte del sector que visitamos, cuya anchura es inferior a siete leguas. Cerca de Pirmasens, la fiebre de trabajo es alta: las excavadoras están en marcha, las alambradas surgen, las defensas se multiplican, y las grandes líneas contra tanques se entrecruzan en la altura o en el fondo de los valles.

Luego, nos llevaron hasta Garmich, en Baviera, para presenciar un ejercicio realizado por una división alpina; hasta la entrada del canal del Kiel, para asistir al tiro de una batería de costa; a las Escuelas militares, para ver cómo se forman oficiales en pocos meses; a Königgratz, para contemplar los fuertes que no evitaron la ocupación de Praga; a Pilsen, para admirar modelos de cañones, y a Berlín, de vez en cuando, para saludar a los tres jefes de la Wehrmacht (14), y conocer a una multitud de generales, unos seguros de sí mismos, otros vacilantes, y casi todos misteriosos.

Por último, a continuación de un gran desfile militar, en que se realiza el grandioso esfuerzo llevado a cabo por el ejército de Tierra, el *Führer* nos recibe en la Cancillería recientemente inaugurada, en la que acaban de instalarse los severos bajorrelieves que van a integrar el solo adorno de la hermosa galería que conduce a su despacho. El almuerzo está servido en otra sala, sin protocolo ni observancia. Nos sentamos sin esperar al invitante. Es costumbre, se nos dice. Caigo al lado del jefe del Ejército von Brauchitsch, que no parece estar en buen momento. Se sentía agobiado por la res-

---

(14) Mariscal Walter Brauchitsch, del Ejército de Tierra; gran mariscal Hermann Göring, del Aire, y gran almirante Dr. Erich Raeder, de la Marina.

ponsabilidad, e impresionado por el recuerdo de una discusión tenida con su jefe. (A los ocho años supe, en efecto, que pocos días antes del almuerzo —el 23 de mayo de 1939—, Hitler había estrenado su nueva residencia con una Junta magna, en que anunció a sus mariscales que aprovecharía la primera oportunidad para apoderarse de Polonia.)

Un palmada suena a la hora del segundo plato, y en pie se espera al *Führer*, que acude a un puesto libre, dispuesto en un lugar no principal, junto a un comandante de nuestro Ejército y un coronel del suyo. Y otra palmada, al cuarto de hora, hace saber que Hitler se retira, dejando, luego, que sea servido el postre y el café.

Y, a los pocos días, regreso a España, lamentando la superficialidad de mi contacto con una serie de personajes que, sin duda, serán históricos.

No obstante, confío en el tiempo.

## 10

Una buena oportunidad no se presenta hasta bien entrado el año 43.

La primavera de Alemania es la estación más larga y más hermosa; y bañada en ella, la capital parece estar como una balsa. En la inmediación del Arco de Brandeburgo no se notan los destrozos. De día, nada ocurre: algún «Mosquito» surge de cuando en cuando, haciendo alarde de su gran velocidad; mas no molesta; sólo quiere darse cuenta del estado de las defensas. La gente se detiene, lo contempla, comenta un poco

su atrevimiento, y sigue andando, acostumbrada a tener prisa y a nunca interrumpir el paso célere:

Allende, la cosa cambia.

Hace unos días cayeron las primeras bombas de cuatro toneladas. Barrios enteros me recuerdan los efectos de otro tiempo. La moral no es elevada. Hay alguna tienda, con lujoso escaparate; pero eso sólo se mantiene para evitar el comentario del que llega desde fuera y causarle una impresión de relativo bienestar. En los hoteles hay de todo; pero los restaurantes ya no existen. La comida es corta y es discreta.

La jornada acaba pronto: visitas, conferencias... La noche, en cambio, es interminable: los *pezzi grossi* comen a las siete, y hacia las nueve —aún de día— estoy de vuelta, pensando un poco en la abigarrada *mezcla* que me acaban de ofrecer y sin otra perspectiva que el refugio.

El del Adlon es deficiente: una cueva no segura, a la cual hay que bajar sin comentarios. Pero el único huésped que se halla al tanto de los hechos es el que aquí los relaciona; el teniente coronel von Schleiter se despide de él a última hora —hacia las diez—, y le recuerda que el coche espera abajo para trasladarle, si hay alarma, al subterráneo de la Cancillería, cuyo techo de hormigón es suficientemente espeso para evitar el efecto de los explosivos utilizados en las últimas acciones. Y, en efecto, una tras otra, cada noche proporciona una carrera, un viaje en auto, una espera inacabable en el cemento y el regreso a deshora, pasando por el bochorno de hacer saber a mucha gente que —de momento— la protección del *Führer* es terminante y ventajosa.

Una tarde, a los cuatro o cinco días de mi llegada,

Schleiter me hace saber que no saldremos a cenar, sino, al contrario, que dos o tres personas vendrán de fuera a acompañarnos. La galería del gran hotel, que ahora se halla convertida en comedor, conserva la elegancia de otro tiempo más sereno. Hay caras conocidas. Saludo a varios amigos italianos, que están ansiosos de saber lo que hago en Alemania, en plena guerra y sin ocupar un puesto de Embajada; pero mi inseparable acompañante acude a tiempo para interrumpir el diálogo y decirme que ya es hora de sentarse. Hubo tiempo de rociar el solo plato con Mosela, de tomar un buen Burdeos con el cigarro, y de llegar a la estación hacia las nueve para instalarse a bordo de un maravilloso tren de lujo destinado al servicio del jefe superior del O. K. W.

Se trata de una visita inesperada. Rumbo desconocido.

Me desperté al amanecer, ansioso de conocer la dirección tomada; pero el cielo estaba suficientemente encapotado para evitarme todo indicio de la situación solar. El tren marchaba lentamente (Es costumbre terminante, para evitar las desgracias originadas por el excesivo tráfico o los ataques aéreos). No era difícil darse cuenta de los nombres de las pequeñas estaciones que se seguían, bien cuidadas, a lo largo de la vía; pero el plano del Baedeker no detallaba lo bastante para localizarlas.

Y en eso estaba, cuando Schleiter vino a buscarme para almorzar. Eran las ocho.

Convoy arriba —hacia la máquina— anduvimos medio tren, pasando por salones, oficinas y otros coches dormitorio. En el último, saludo al mariscal y a los varios generales que le acompañan, y me presentan

al ministro diplomático nombrado para ayudarme a hablar aquella tarde con el *Führer*.

Nos instalamos alrededor de una amplia mesa, hacia el extremo del vagón. El servicio fué completo, y el tiempo que estuvimos en los sillones colocados en la otra parte, bastante largo para oír a fondo la ampulosa conferencia del que había de entregarse —agotado y deshecho— a los tres años. Keitel, en efecto, hablaba siempre *ex cátedra*. En francés, lograba hacerse comprender sencillamente; pero sufría de no poder adornar su idea con largas oraciones, y acababa siempre en alemán, que a más de serle familiar, se prestaba más a involucrar ciertos conceptos.

Cuando empiezan sus preguntas, alguien se pone a teclear en otra mesa, casi de espaldas a mi sitio; y cuando su discurso se alarga un poco, otra persona trata de resumirlo de prisa, concretando algunos puntos de los cuales yo me zafo, haciendo gala de otro idioma —el cervantino— que el intérprete maneja torpemente.

Ya dije que este viaje se verifica en primavera del año 43. Por lo tanto, el problema fundamental de España está resuelto. Las tropas alemanas continúan ocupando los pueblos inmediatos a la frontera pirenaica y sólo dan lugar de vez en cuando a una pequeña alarma originada por la falsa información de los que quieren conseguir una protesta; mas tanto los dos años transcurridos en tan incómoda postura, como el hecho de haberse despejado la incógnita estratégica en función del desembarco americano en Casablanca, han contribuído a disminuir nuestra tensión política y han reducido los efectos de una campaña destinada a producir la alteración de nuestros nervios; y en estas condiciones, ni es probable que los alemanes piensen en cru-

zar España para entrar en posesión de Gibraltar, ni parece lógico temer un desembarco de Inglaterra o Estados Unidos en nuestra costa atlántica. Por lo tanto, la insistencia del mariscal sobre este asunto es tan desplazada que no hace falta meditar para encontrar respuestas y argumentarle como es debido. Andando el tiempo, he conseguido hallar la causa de ese imprevisto ataque: el *Führer* tuvo interés —años atrás— en reforzar nuestras Canarias, convencido de que sus grandes enemigos tratarían de utilizarlas como base para su desembarco en Africa, y, sin duda, volviendo por pasiva la oración, él seguía pensando —en esos días— en la importancia de las islas para la gran contraofensiva de carácter logístico, que se ha llamado «batalla del Atlántico». Una obrita publicada en 1946 y titulada *Los secretos de la guerra* (15) permite despejar la incógnita que no logré aclarar esa mañana desde mi cómodo banquillo de interrogado político y amigo. Entonces, no conocía el dilema; no sabía que la batalla estaba entablada entre el jefe supremo de la Wehrmacht y los grandes almirantes para poner en claro si las Azores y las Canarias eran precisas —o convenientes— para interrumpir el paso de los convoyes a través del océano; mas de saberlo, jamás hubiera coincidido tan perfectamente con el parecer de Dönitz, el gran submarinista, que reemplazaba a Raeder en el mando de la Flota.

De regreso a mi cabina, descubro que hemos pasado por Rastenburg, en plenos lagos de Mazuria (Prusia Oriental), y que el tren está parado cerca de Lötzen. Ante eso, Schleiter me confiesa que hemos llegado a

---

(15) R. Cartier, *Les Secrets de la Guerre, dévoilés par Nuremberg*. París, 1947.

las cercanías del cuartel general del *Führer*. Hemos entrado en una vía muerta, perfectamente oculta en un hermoso bosque, cuyos árboles recubren igualmente la carretera inmediata y paralela al tren, y disimulan el conjunto.

Dos años, según parece, lleva el puesto de mando de los Ejércitos establecido en este sitio incomparable, y en tanto tiempo no ha sido descubierto. Las unidades antiaéreas que lo protegen, pertenecientes al regimiento Göring, que ha batido el *record* de las victorias contra el Aire, no han hecho ni un disparo desde que se hallan emplazadas en los cuatro vértices del cuadrilátero en que se encuentran la oficina y la habitación del *Führer*. Con sus tubos apuntando hacia las nubes, y su gente cobijada en los abrigos inmediatos a las piezas, todo espera —alerta— una llegada que no llega, y la tensión es semejante a la que hubiera originado un bombardeo continuo del sector.

No entiendo. Entonces, no entendía; y, ahora, entiendo menos. Pasaron meses, y... dos años; y en las últimas jornadas de la guerra, Adolfo Hitler, se aferraba a Rastenburg para evitar la pérdida de Prusia

La lucha terminó sin que la aviación inglesa descubriera la instalación del *Führer*, perdida entre los lagos en que Hindenburg y Lüdendorf habían logrado —años atrás— la victoria más aplastante de la primera guerra mundial. El brillante servicio de información británico localizó la fábrica en que se obtenían los elementos necesarios para hacer agua pesada y determinó el sector en que se realizaban experiencias encauzadas hacia el cohete dirigido, dando así lugar a la expedición de Stavanger (Noruega) y a la destrucción de Peenemünde (Pomerania), cuyas consecuencias fueron deci-

sivas para el éxito final; y, sin embargo, el recinto oculto desde el cual fué dirigida la contienda subsistió hasta el día en que el jefe supremo de la Wehrmacht se retiró a Berlín, para morir.

Es curioso que los ingleses consiguieran desbaratar todos los proyectos concernientes al empleo de la energía atómica y evitaran la inmediata construcción de la V.2 famosa, y no descubrieran el sitio en que se hallaba el *Führer*, declamando o meditando. Es verdaderamente extraño que no logaran conocer a tiempo las conjuraciones que se tramaron contra Hitler (fracasadas, todas, por temores, falta de medios y escasa ayuda); y es incomprensible cómo el secreto mantenido sobre la instalación de Rastenburg, en tantos años no filtró.

Lo cierto es que en los días de que hablo, la zona abarcada por el cuartel general de los Ejércitos era suficientemente extensa para motivar una ligera indiscreción verbal o señalativa, que, a su vez, se convirtiera en información aérea o personal. A más de la instalación del *Führer*, había un recinto destinado a la sección de operaciones de las Fuerzas Militares, que dirigía Iodl; otro para el cuartel general de los Ejércitos Terrestres, que presidía Zeitzler; y, por entre lagos y pinares, aun se llegaba pronto a Nikoleiken, donde estaba la residencia del Servicio de Información del frente oriental: receptora gigantesca de noticias procedentes de tres mil radios desplegadas sobre el territorio moscovita y de los numerosos interrogatorios a prisioneros llevados a cabo diariamente. Y, en esa zona, había distintos pueblos e infinidad de casas pintorescas, y gente que iba y que venía con sus percherones pomeranos, sus carretas y sus gansos.

Pero, esto ya es harina de otro saco.

Volvamos a lo nuestro.

Warlimont, segundo jefe de la Sección de Operaciones del O. K. W., viene a avisar que Hitler me recibirá a las cuatro.

El ministro Smidth, que es el intérprete, me acompaña a un campamento —*cantón*, mejor—, formado de verdaderos *bungalows*, ocultos en la parte más espesa e impenetrable a los aparatos fotográficos del Aire: un pueblecillo de madera en pleno bosque.

A la hora en punto, se abre la puerta de una gran habitación, y el *Führer* se aproxima lentamente.

Una frase amable, y un fotógrafo entretanto nos ametralla.

Varios generales están presentes. Diviso a Keitel, a Becker y algún otro conocido.

Apenas logro examinar el cuadro. No obstante, me apercibo de un conjunto de madera clara y de escaso brillo: una mesa de trabajo sin adornos, un tablero espléndido con varios planos y una porción de lentes y de lámparas portátiles, alguna silla contra el zócalo, paredes de listones, y ventanas apaisadas, grandes y con doble cristalera.

En el fondo, arde un hermoso tronco; y junto a la enorme chimenea hay una mesa baja y ovalada, y alrededor, seis butacones.

El *Führer*, con chaquetilla kaki, cruzada, ribeteada, toma asiento en la parte opuesta al fuego. Quedo a su derecha, y luego siguen: el intérprete, un jefe de sección, el agregado a nuestra embajada y el mariscal del O. K. W.

Dos criados que no hacen ruido, sirven café sin preguntar, y, al *Führer*, una infusión extraña. Se habla

del tiempo y de los grandes ases de la meteorología, «que se equivocan siempre».

Oficiales y ordenanzas se retiran en silencio. Todo calla un rato. Las miradas se dirigen al anfitrión, y éste toma la palabra.

Escucho, y trato de observar. Pero, cuando se está en presencia de un personaje, y la visita tiene por objeto analizar asuntos o discutir materias interesantes, no es sencillo darse cuenta de los rasgos más salientes del ilustre interlocutor. El hombre nunca se entera de varias cosas diferentes a un solo tiempo: lo hace sucesivamente, olvidando lo inmediato a causa de la impresión que le produce algo lejano o más intenso, o haciendo un verdadero esfuerzo por zafarse de lo menos importante. Y, en estas condiciones, aprovecharse de una pausa, nunca larga, para hallar una información que no es urgente, abandonando, de momento, el argumento principal de la visita, no es cosa fácil para el des-acostumbrado al ambiente en que se mueve. A lo sumo, el visitante precisa «luego», dejando aparte la materia discutida o deduciendo consecuencias sobre el modo de opinar del personaje.

En este caso, al referido visitante le interesa determinar el grado de ecuanimidad del *Führer*. (Y conste que ese «luego» antes expuesto abarca el tiempo que ha hecho falta para acabar la guerra y desarrollar el proceso más emocionante de la historia.)

No es suficiente que Halder haya dicho en Nuremberg que Fritsch «se había sentido en presencia de un verdadero loco», para sentar de un modo concluyente que el canciller del Reich era anormal. El solo hecho de que el *Führer* llegara a la cumbre en consecuencia de un sufragio que empezó siendo sincero, basta para

no admitir de lleno la citada hipótesis. Dentro de Alemania, lo han calificado de perturbado las personas que se hallaban en completo desacuerdo con su modo de pensar o comprendieron —acaso tarde— que su orientación conduciría forzosamente al hundimiento de la nación. Fuera —y ganada ya la guerra— todo hombre puede asegurar que estaba loco: el resultado de la contienda es decisivo: el que vence tiene toda la razón.

Sin embargo, no parece loca una persona que se embala suavemente, y, sin entrar en lo prohibido, bordea la zona de peligro. Me habla, en efecto, de la granada hueca y de los resultados conseguidos con la misma contra los «Matilda», los «Valentina»...; de las minas de contacto, que son capaces de inutilizar los carros más modernos...; de los artefactos manejables a distancia...; de los líquidos incendiables e incendiarios...; de la capacidad del hombre aislado para emplear aquellos medios...; de la posibilidad de contener un ataque acorazado con unidades cuya misión es otra diferente...; y, en fin, de la mejor manera de organizar las tropas que han de suplir las deficiencias cuantitativas del material. Me ofrece una visita a Wünsdorf —la «Escuela *der Schnellen Truppen*»— y a Kummendorf —«Campo de experiencias del *Waffen Amt*»—, donde comprobaré todo lo dicho. Y, a medida que entra en materia, quita tiempo al que traduce: poco a poco, sus preguntas o explicaciones se van cosiendo unas a otras, para acabarse transformando en un discurso, inacabable al parecer, mas que termina de repente, en lo alto y más sonoro, con un gesto interrogante y una sonrisa que no pasa de la frente y en la que leo: «ahora escucho».

Varias veces me interrumpe con alusiones a la gue-

rra. La táctica le embarga. La conoce. Es evidente que se ocupa de sus detalles fundamentales, y que sus decisiones estratégicas están basadas en la posibilidad del hombre y de los medios de transporte.

No insiste en los extremos que su inmediato mariscal había abordado por la mañana. Me sorprende incluso con la noticia —o el sondeo— de que no quiere más aliados: no le hacen falta: no puede armarlos, ni abastecerlos. Sólo quiere «comprensión»: que todo el mundo sepa que está empeñado en una lucha formidable contra el «bolchevismo». Y esta palabra sale de sus labios en diferentes ocasiones; la dice con violencia, y más alto cada vez. Sin duda, quiere impresionar: borrar todo recuerdo de la época de alianza con los rusos, y demostrar que ese enemigo es decisivo, y que Stalingrad —perdida— no pasará de ser un episodio más o menos importante.

A cada rato, echo un vistazo alrededor. Invariablemente: Keitel asiente, el ministro Smidth se enerva, y los demás esperan con paciencia que el acto acabe.

De vez en cuando, me deja espacio libre. Pero aprovecha cada pausa para intervenir de nuevo y referirse al tiempo necesario para la formación de buenos especialistas sin los cuales la teoría del rendimiento de las armas exentas de trayectoria es inaplicable, o para insistir en la precisión de coordinar como es debido los diferentes medios sin entusiasmarse antes de tiempo por el que más se emplea o se ambiciona. Y, por último, tornando a la materia que le obsesiona tanto, se olvida del intérprete y de mi escasísima noción del solo idioma que él conoce, y se pierde en oraciones que no acaban y en que acentúa con fiereza y acompasadamente su eterno *bolchevism*, como quien recurre a es-

coplo y a martillo para embutir la idea en el cerebro del oyente.

A los pocos años —el Reich hundido y su canciller casi olvidado—, me parece leer en cierta declaración de Keitel el final de mi entrevista. El, sin embargo, se refiere a una cualquiera de las muchas que sin duda ha presenciado, cuando dice, ante sus jueces: «todo acaba de repente. Hitler se levanta inesperadamente, sin responder a la última pregunta. El tiempo disponible ha transcurrido, y ese tiempo le ha bastado para conocer a fondo a su interlocutor y saber exactamente lo que puede esperar o debe temer de él» (16).

## 11

A los pocos días, visito Rügenwald, al lado del Báltico. Están presentes: el ministro de armamento Speer, el ingeniero Krupp, el general Guderian (inspector del Arma Acorazada), el general de artillería Leeb (jefe de experiencias militares) y otros varios oficiales y paisanos con empleos y cometidos diferentes.

Se trata de realizar un ejercicio con la pieza de 800: el cañón mayor del mundo.

El *Führer*, cuyo tren se acerca a los carriles en que el impaciente monstruo está asentado, me hace saber en dos palabras que fué construído para levantar la tapa de las obras de la línea Maginot, y que a ese efecto, su proyectil de capacete es suficiente para perforar una masa de hormigón de siete metros, desde más de diez kilómetros.

---

(16) R. Cartier, *Ob. cit.*, pág. 87.

Sube, raudo, por la escalera vertical de la primera plataforma, pasa alegre a la segunda y trepa a la tercera, como el que se halla acostumbrado a moverse por los diferentes puentes de un crucero. En lo alto, debajo de la caña, asistimos a una breve explicación de Krupp, y a la puesta en marcha del gigantesco tubo, que asciende fácilmente a los noventa, movido por el generador eléctrico de su montaje. Un oficial —el comandante de la pieza— nos habla de sus cuarenta ejes, de las cinco toneladas de su granada rompedora, de los veinticinco kilómetros de su ordenada máxima, de los ciento veinte trenes que hicieron falta para llevar el arma a Sebastopol (17) y de las doce baterías antiaéreas que fueron establecidas en su honor. Nos dice que el conjunto se pone en marcha sobre una doble vía —cuatro rieles—, arrastrado por una pareja de locomotoras, que están sincronizadas y dispuestas paralelamente.

Al alejarnos de la pieza para verla disparar, el *Führer* se detiene, la contempla y me dice a boca llena:

—Lo necesario para el Peñón.

Ni sé qué cara puse, ni me acuerdo qué respuesta balbucí.

No obstante, estoy seguro de que a pocos pasos se detuvo nuevamente, y que mirándome despacio, aun agregó:

—Todo listo.

Y, sin embargo, en esos meses, ya no pensaba en Gibraltar. (Está escrito: lo han dicho los de Nuremberg, antes de subir a su patíbulo.)

---

(17) Veinte de material y ciento de balasto.

De regreso, encontré sobre la mesa del hotel una tarjeta de Canarias, invitándome a cenar a mi llegada.

Como en otras ocasiones, su coche vino a recogerme hacia las seis. Pero no me llevó por la grandiosa avenida de Charlottenburg, para torcer, antes de Potsdam, a la derecha, y bordear el Schlachten-See, en cuya inmediación estaba la modesta habitación del almirante; sino que en dirección contraria —*Unter den Linden*— anduvimos lo bastante para acabar en un laberinto ignoto. Y, de resultas, tardé algún tiempo en darme cuenta de que al fin y al cabo mi excursión terminaría en el jardín precioso en que otras veces había acabado.

Me abrió la puerta —como esperando— el tipo extraño que servía de ordenanza, de portero, jardinero y jefe de casa: un oriental no sé de dónde, que veneraba al matrimonio, y en el que éste parecía depositar la mayor confianza. Detrás, a pocos metros, surgió la bondadosa cara del supremo jefe del Servicio Informativo del O. K. W., redonda, carnosa y triste, como en protesta de la famosa cuadratura de otras faces alemanas y de la alegría reglamentaria de todos los que estaban en contacto con forasteros, visitantes o viajeros más o menos necesarios o deseables. Encorvado ligeramente, sin duda a consecuencia de su espantosa carga, me dió la bienvenida, y me suplicó que perdonara a la almiranta, a la cual era imposible acompañarnos. Insistió en que nadie molestaría, y volvió a excusarse por tratarme en esa forma tan «incorrecta».

Llegaba de Belgrado aquella tarde, y aún había te-

nido tiempo de acercarse a Atenas y a Durazzo, durante mi breve ausencia. Estaba rendido y poco satisfecho de su viaje; pero, a pesar de todo, le interesaba conocer lo antes posible algún detalle sobre la excursión que yo acababa de efectuar.

La cena pasó pronto. El almirante Canaris tuvo el buen gusto de rociar su solo plato con un excelente Rin. (Y lo digo por la ausencia de burdeos y de vodka, destinados, los dos, a pregonar victorias que empezaban ya a no estar de moda.) Un sencillo postre y una taza de café sellaron la comida y marcaron el principio de un intercambio, nada fácil, de impresiones. Dejamos pronto el comedor, y nos instalamos cerca de él en dos sillones que parecían dispuestos para hablar en tono confidencial.

El no fumaba; yo tampoco. ¿Una copa de licor?; no quise, y él asentó de prisa.

Al grano, pues. Y esto lo digo sólo al cabo de los años que han pasado, más largos y más densos que otros muchos, a juzgar por la cantidad de acontecimientos acaecidos en su curso y la interminable serie de recuerdos que hoy ofrecen.

¿Al grano? La duda corresponde al hecho de que Canaris ya *no está*. Pero la borra mi profundo convencimiento de que él aprobaría —si viviera— este recuerdo triste y emotivo que hoy le dedico, y la circunstancia de que a pesar de mi orientación moral distinta, conservo una admiración inmensa hacia las espléndidas virtudes de un ejército cuya estructura y cuyo espíritu sigo envidiando profundamente.

Me hizo varias preguntas. Era evidente que pretendía formarse un concepto claro de la impresión que el *Führer* me había causado. Cuando le explicaba sus

idas y venidas, o cuando le hablaba de sus cortes o interrupciones, quería saber no sólo mi reacción ante su jefe, sino la idea que conservaba —o conservaría— en mi mente. Trataba de analizar mi pensamiento. Quería, sin duda, poner en evidencia mi futuro reportaje, para ligarlo con algo más interesante que un reportaje suyo: algo difícil de entender en el momento —o en los días— en que el hecho de que trato sucedía.

Le interesó el comentario de Hitler sobre el posible o fracasado empleo del cañón de *ochenta* en nuestra Península.

—No hubiera servido —me dijo al pronto—. Y aunque luego no pude aclarar si semejante observación era sincera e impremeditada, o se hallaba destinada a poner sobre el tapete una materia que yo tenía el deber de conocer a fondo, para inducirme a hablar más fácilmente, lo cierto es que *me* anduve por las ramas, aunque temiendo que mi exceso de suspicacia pudiera herir a un corazón que acaso se volcaba para hablar con el amigo o con el hombre capaz de reportar más de la cuenta, sin darse cuenta de ello.

Por supuesto, él no quería que trascendiera nuestro coloquio; al menos, no quería que sus compatriotas se enteraran de él; y, sin embargo, es evidente que —en lo cierto o equivocado— un patriotismo ardiente presidía a cada frase suya y a cada esfuerzo que realizaba en contra de una impresión desfavorable al *Führer*, que él *temía*, en consecuencia de mi viape a Rastenburg y a Rügenwald.

Preguntaba lentamente, e iba despacio al contestar. Miraba con firmeza. Captaba antes de oír. Amenizaba el diálogo con alguna que otra anécdota contable e interesante. Mas no ocultaba, a cada rato, una preocupa-

ción hondísima por Alemania, y por todo el Mundo.

Trataba de acercarse, y lo lograba. Hablaba humildemente, y su expresión era sincera. Tocó lo referente a su mismísima gestión, y llegó a decirme que mi visita al *Führer* había sido organizada sin su intervención directa. Dióme a entender —incluso— que hubiera preferido posponerla a tantas otras que el poco tiempo o las circunstancias especiales impedían.

Estuvimos juntos hasta una hora inusitada. Un reloj de pie, que había en la entrada, marcaba ya las once cuando, a la puerta, me despedía del almirante con un larguísimo apretón de manos.

En casa, recordando todo y meditando un poco, me pareció que él se había detenido en cierta frase o había cambiado de tema alguna vez, sin duda por no caer en indiscreto o incluso en desatento. Y quedé con el pesar de no haber sido muy sincero: él esperaba más de mí.

Al año, el desembarco en Normandía precedió de poco a la última conjura contra el *Führer* y al atentado que fracasó. La reacción fué colosal. Cayeron cerca de tres mil, y, entre ellos, mi buen amigo tuvo un puesto digno de su rango y de su cargo. Y yo, al oír las conjeturas referentes a su cruel y espeluznante ejecución, volví a pensar que aquella noche quiso hablarme de «algo» y no me halló propicio a comprenderle.

## 13

Canaris no fué el único en empezar o en acabar mal avenido con su *Führer*.

Blomberg, ministro de la Guerra, y Fritsch, genera-

lísimo del Ejército de Tierra, fueron los primeros, después de la represión del año 35. en sufrir las consecuencias de su carácter intransigente.

Hítler se sentía simplemente superior a todas las personas que le rodeaban. Despreciaba al técnico y al táctico; tenía a raya a sus colaboradores más inmediatos; daba órdenes a Krupp, y clase de estrategia a Brauchitsch, a Halder y al propio Iodl. Y, en estas condiciones, Blomberg —«único soldado que dominaba las cuestiones militares y era capaz a un tiempo de resistir al canciller» (18)— se opuso a él para frenar la entrada en guerra, haciendo ver que el tiempo no bastaba para ponerse en condiciones de vencer; y Fritsch estuvo siempre conforme con el parecer de Blomberg.

Pero Hítler tenía prisa: una prisa loca, desenfrenada. El tiempo le agobiaba. Quería empezar la guerra sin tenerla preparada. No admitía razones. El, que había cumplido los cuarenta. «tenía delante una carrera de combates y de conquistas que Carlos XII había empezado a los diez y siete años, Alejandro hacia los veinte y Federico II y Napoleón I a los veintiséis» (19). Y en estas condiciones, le urgía deshacerse de los grandes colaboradores que había heredado de Hindenburg.

No es fácil poner en el claro si los hechos facilitaron su deseo, o si las acusaciones contra Fritsch y contra Blomberg fueron ficticias. Nadie sabrá nunca si el primero había incurrido en la falta de homosexualidad que le imputaron, ni si la esposa del segundo había sido o no había sido prostituta; mas cierto es que uno y otro pagaron duramente su respectiva culpa, y que

---

(18) Lo dice Milch, en Nuremberg. R. Cartier, *Ob. cit.*, pág. 77.

(19) R. Cartier, *Ob. cit.*, pág. 40.

Hítler aprovechó la ocasión para constituirse en comandante de las Fuerzas Militares.

De resultas, Brauchitsch fué nombrado ministro del Ejército. Pero aún era preciso destituir a Beck, que desempeñaba la jefatura del Estado Mayor de los Ejércitos de Tierra desde que Hítler llegó al poder (20).

La ocasión se presentó inmediatamente.

En junio de 1938, hubo una escena violentísima entre los generales Brauchitsch y Beck, por una parte, y el *Führer*, por la otra. Aquéllos se obstinaban en no precipitar la ocupación de Checoeslovaquia, y éste, en cambio, se negaba a escuchar todo consejo de prudencia. Al fin, los generales se resignaron —obedecieron—; pero Beck repuso, *a posteriori*, con un informe escrito que originó otra discusión —«acaso la más dura que haya habido» (ha dicho alguno al tribunal de Nuremberg) (21)—, en consecuencia de la cual Adolfo Hítler *aceptó* la dimisión de aquel ilustre jefe, que fué inmediatamente reemplazado por Halder.

Y así cayeron los primeros generales hitlerianos. Ellos, que habían seguido paso a paso el camino de los hombres que tienen un concepto del deber elevadísimo, sufrieron la añagaza gigantesca del que había buscado la meta ansiosamente. Todos lo sabían; y, sin embargo, es evidente que los primeros éxitos proporcionaron al canciller del Reich cierto prestigio militar: el suficiente para que fueran pocos los que osaran contradecirle. Es más, hubo bastantes generales que llegaron a admirar las ideas estratégicas del *Führer*. Su

(20) El general Beck ha sido uno de los mayores prestigios del ejército alemán. Fué fusilado en julio de 1944.

(21) R. Cartier, *Ob. cit.*, pág. 86.

principio referente al máximo aprovechamiento de las velocidades tácticas modernas en beneficio de una sorpresa superior a la obtenida en otros tiempos, y el convencimiento que tenía de que el modo más seguro de llegar a dominar al adversario consistía en anteponer la destrucción de sus diferentes medios materiales a los grandes objetivos económicos, integraban, para muchos, dos conceptos dignos de servir de base a la teoría de la guerra del siglo XX.

Su aislamiento lo hizo fuerte. «No tenía un consejero; no tenía un amigo; no tenía siquiera un confidente. No existía en su ambiente la Eminencia Gris que se ha buscado con tanto afán. Ni un Richelieu, ni un Sully, ni siquiera un Talleyrand o un Fouché» (22). Más aún: Hitler estuvo siempre en la penumbra; no toleró que se escribiera sobre su vida, ni que nadie comentara sus discursos, ni contara cosas concernientes a los años anteriores a su lucha, cuesta arriba, hacia el Poder. «Lo único existente para llegar a conocerlo está publicado en su célebre *Mein Kampf*, o sea el *Hitler visto por sí mismo*» (23).

Cada instante de su vida se hallaba dedicado a la política y a los proyectos que forjaba. Para las grandes operaciones, «daba directivas generales; y cuando recibía propuestas detalladas de sus diversos e inmediatos subordinados, las coordinaba y convertía en un solo plan que comentaba o explicaba ante los futuros ejecutantes» (24). Al parecer, improvisaba; y, sin embargo,

---

(22) R. Cartier, *Ob. cit.*, pág. 21.

(23) R. Cartier, *Ob. cit.*, pág. 21.

(24) Declaración de Göring, en Nuremberg. R. Cartier, *Ob. cit.*, página 135.

aquellas directivas —sus concepciones estratégicas— estaban siempre basadas en la historia de la guerra y en los principios militares.

Ante Francia, prevaleció su idea. En Nuremberg, los testigos de la Wehrmacht reconocieron que la maniobra de Sedán fué concebida —e impuesta— por el *Führer*. Keitel y Iodl querían, sin duda, atacar *en fuerza* el ala izquierda del contrario, para dar su gran batalla en la llanura belga; pero Hitler cerró la discusión diciéndoles: «Habéis calzado las botas del viejo Schlieffen», y les despidió rogándoles que meditaran. Se aferró a la idea de que el ataque frente a Bélgica no causaría sorpresa, y, en consecuencia, que la repetición del plan antiguo conduciría a una acción frontal. Tardó algún tiempo en conseguir que sus generales admitieran que unas cuantas unidades motorizadas podían cruzar como una seda hasta el otro extremo del territorio enemigo. Brauchitsch llegó incluso a pretender que nunca se podría llegar a dominar los fuertes de la línea Maginot. Redactó, al efecto, una memoria interminable; pero Hitler le arrancó los documentos de la mano, los rompió en pedazos y lo echó de su despacho (25). No quiso oír razones. Especulaba sobre el efecto de sorpresa y estaba seguro de conseguir el inmediato desmoronamiento de su adversario.

«Existía —*sin duda*— la posibilidad de fracasar. Si el ejército francés, en vez de entrar en Bélgica, se revolvía y contraatacaba de norte a sur, la operación podía fallar» (26). Pero, según Cartier, Hitler aceptó ese ries-

---

(25) R. Cartier, *Ob. cit.*, pág. 130.

(26) Declaración de Iodl. R. Cartier, *Ob. cit.*, pág. 137.

go por entender que «aquel ejército era incapaz de maniobrar en busca de una batalla con los *frentes invertidos*» (27). Y esto era lógico, ya que, en efecto, después del Sha-ho, en plena Manchuria (1904-05), la maniobra de Ulmá ha sido siempre abandonada.

No pretendo entrar en digresiones militares. Pero me atrevo a asegurar que el equilibrio ó ponderación del hombre fué absoluto, en tanto que la ocupación de Francia nó le hizo desbarrar.

Frente a Rusia, las protestas fueron tibias. Pero en pleno frío de 1941, con las armas congeladas y los motores inservibles, las discusiones reempezaron. Brauchitsch hizo cuanto pudo para esperar un poco. Guderian —el jefe de los carros— le presionaba. Es más, cuando ese último general se convenció de que era inútil su labor, acudió en persona: «Volé hacia Prusia Oriental —ha dicho en Nuremberg— bajo una temperatura insoportable. Llegé el 20 de diciembre. Tuve tres entrevistas con el *Führer*, que duraron cinco horas en total. Le describí el estado en que las tropas se encontraban, frente a Moscú; y traté de hacerle comprender que era imposible que rindieran el esfuerzo solicitado. Le advertí que caminábamos hacia un desastre, no por causa de los rusos, sino del frío. Le dije que era preciso suspender toda ofensiva, evacuar lo conquistado, poner las tropas a cubierto y convertir los carros en castillos. Le afirmé que ese era el modo de salvar todo el ejército; y le prometí que en primavera llegaríamos a Moscú.»

«Pero Hítler se negó a aceptar lo que le dije. Me

---

(27) R. Cartier, *Ob. cit.*, pág. 137.

«chó en cara que era igual a tantos otros generales: que me preocupaba demasiado de mis soldados y de mis carros. Habló de otras cuestiones. Dejó estallar su resentimiento contra Brauchitsch. E insistió en que la ofensiva no cesara: quería Moscú, y la lograría» (28).

El almirante Raeder perdió su puesto y su prestigio en consecuencia de sus perennes objeciones contra la expedición de Rusia. Por lo mismo, Brauchitsch fué relevado antes de fin del año 41; y, siguiendo igual proceso, lo fué Guderian, que, hasta esa fecha había sido amigo y admirador de Hítler.

Más tarde, en primavera del año 43, todo el mundo sabía que Paulus había venido varias veces a Berlín para convencer al *Führer* de que era inútil esforzarse contra la ciudad de Stalingrado; y que el citado mariscal había tenido que renunciar a su deseo.

Y creo que no hacen falta más ejemplos. Cartier, sin duda, tiene razón, cuando dice que el *complot* que fracasó el 20 de julio (1944) es el «acto de defensa y de venganza de una clase humillada y pisoteada por su Jefe» (29).

## 14

Von Rundstedt es el único general a quien el *Führer* no maltrata, a pesar de su ofensiva fracasada en los *Ardennes* (1944). Lo considera viejo, y lo desprecia. Le da una cruz de hierro; y, al imponérsela, le dice: «¡a descansar!».

---

(28) R. Cartier, *Ob. cit.*, pág. 264.

(29) *Ob. cit.*, pág. 28.

¿Qué significa eso? Pues, simplemente, que el insigne mariscal había alcanzado su meta. Y este es, precisamente, el peligro de la vida paso a paso, o el inconveniente de abusar de lo expedito y de no arriesgarse a tiempo en la maraña.

La vida paso a paso es obligada cuando cada cual se atiene a lo dispuesto y no se sale de las normas señaladas por su jefe, por su patria o por su idea. Nadie se imagina a Nimitz, comandante de la Flota en el Pacífico; a Mac Arthur, general de los Aliados en ese mar, o a Spaatz, jefe del Aire, desobedeciendo a Marshall, Arnold, King y Leahy, que, juntos fueron miembros del Estado Mayor Unido de los Estados Unidos americanos; como tampoco se concibe, pensando, ahora, en 1939-45, que Isodoku Yamamoto, almirante de la Flota japonesa, o el conde Terauchi, general en jefe de las fuerzas de Indochina, se apartaran lo más mínimo de las normas señaladas por su augusto Emperador. La trocha a medias no es admisible. La algaída a contratiempo es impenetrable. Si se busca, es necesario pelear. El que se aventura en los zarzales o en la braña sin proveerse previamente de una indumentaria adecuada, caerá en la trampa preparada para el tieso que se sale del camino en mal momento.

Y, sin embargo, hay casos en los cuales es preciso aventurarse: son los casos en que el hombre está seguro de sí mismo; los casos en que el choque o el fracaso no le harán arrepentirse; los casos impunes, o en que se muere noblemente.

Estos casos dan lugar a una crítica severa. La opinión es implacable con el que cambia, muda de idea, invierte su camino, altera su principio o desfigura su intención.

Nuestro pasado —y otros muchos— está lleno de figuras que se ofrecieron a monarcas diferentes y que a veces pelearon contra antiguos compañeros. Y, ante eso, parece conveniente aconsejar prudencia, y tornar a lo antes dicho: a estar seguro de la idea y de sí mismo, y aun esto, a condición de suprimir los grandes saltos que la Historia nos recuerda.

## 15

Desde su palacio, de arena negra, el monarca Temuyin —que hizo llamarse *Chenguis Kan*, o «soberano poderoso»— avanzó, en son de conquista, hasta la orilla del Pacífico y hasta el límite de Europa. Fue el primero en organizar una nación para la guerra. Con la mejor materia prima del continente asiático —el jinete tártaro— hizo un ejército imbatible, al que dotó de cuerdas y de cera para el arco, y de bolsas muy ligeras que, bien infladas, servía de flotadores para cruzar los grandes ríos. En vanguardia, colocaba a los de choque, y, en segunda línea, a los arqueros a caballo. Se valió de propaganda; utilizó quinta columna; y, combatiendo medio siglo (desde los dieciséis años de edad hasta los setenta), logró un imperio que abarcaba la mitad del mundo conocido hacia el final del siglo XII.

Y de ese modo, ¿siguió nuestro consejo?

Al contrario, dió unas zancadas formidables e innecesarias.

Y, ¿qué logró?

Legar un nombre muy glorioso; llenar la Tierra de temores; enseñar a hacer la guerra, y vivir intensamente.

¿Fue necesaria, en fin, su gran labor?

Nadie lo duda. La arena de la playa pierde interés cuando no hay lasca. El desierto es intolerable sin palmeras. La Historia sin historias palpitantes sería monótona.

Hay que luchar. No es cuestión de estar al sol que más calienta, sino de emitir la sombra necesaria para que muchos vengan a cobijarse.

Chenguis Kan no estaba loco.

Está loco el mundo.

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS